
Hermeneuta de los orinales

Carmen Boullosa

... **E**ntonces encontré a la bruja mexicana que lee el sentido del presente y el futuro en los orines regados afuera de las tazas de los excusados, conocí a la hermeneuta de los orinales, la visitadora de los W.C. La vi mirando. La bruja no le preguntaba a la tapa del excusado por qué el urocromo comunica a la orina el color amarillo fundamental y la urobilina el color pardo, ni observaba en la orina el color, el olor, su aspecto claro o turbio, o la densidad. No intentaba el ensayo de la glucosa, ni probaba si la orina olía a podrido o a frutas, ni pintaba el papel tornasol con la reacción ácida, alcalina o anfótera. No se preguntaba si el pipí ahí regado podía o no transmitir alguna enfermedad, o si revelaba alguna en la presencia de los cilindros de la orina, impresiones utriculares de los canalillos uriníferos que manifiestan enfermedades de los riñones.

—Soy la lectora del orinal —me dijo cuando me vio viéndola—. No sé precisamente dónde fue que me obsesioné con la idea de leer signos de nuestra vida colectiva en los orines que riegan sobre las tapas de los excusados las finas damitas. Otros han buscado leer el sentido de pasado, presente y futuro en los caracoles arrojados al piso, en el chorro de la sangre del gallo regada a media ceremonia, en el paso de los astros, en el movimiento de las olas, en el acomodo de las cartas de la baraja, en la manera en que el humo sube al cielo. Yo leo en las tapas bien mojadas de los excusados públicos, en los bordes de las tazas regados con los orines.

Creí haber escuchado mal.

—Soy la bruja Oringa, así me he bautizado—. Se acercó a mí a lavarse como yo las manos. Me hablaba mirándome en el espejo. —Oringa por la orina a que suena, Oringa por aquella beata que negó su cuerpo al mundo y consagró su espíritu a las órdenes del cielo. Fundó un monasterio en el Siglo XIV. Su mismo espíritu, nefasto, si se me permite opinar, es el que lleva a las damas elegantes a ensuciar con lujo de

esplendor el exterior de los excusados. Es en nombre de Oringa la beata, en nombre de la Virgen a quien ella a cada minuto evocó, en nombre de la castidad y la virtud, que en lugar de acomodarse sentadas a vaciar su vejiga, las mexicanas riegan su oro líquido paradas de aguilita, incómodas, esquivando el bulto del orinal, sin pudor y sin pensar en el uso colectivo.

Oringa no parecía una bruja. Tenía el aspecto de una emprendedora mujer luchona, de clase media no muy acomodada, que intentaba disimular la corrientez del traje sastre con una mascada brillante. Había ya terminado de lavarme las manos, tomé mi bolsa, y dí dos pasos hacia la puerta de los sanitarios sin decir esta boca es mía.

—Yo, Oringa, sé que en la herradura de la tapa del excusado se dan cita lo colectivo y lo privado. En esa huella se juega la suerte de su relación. Ahí pisó el caballo que escribió a su paso una fatalidad que nos condena. El caballo de nuestra tradición, el caballo de nuestra historia...

Me detuve por completo. No empujé la puerta que nos comunicaba con el restorán donde yo acababa de terminar mis alimentos, sino que volteé a ver a Oringa por primera vez sin el tamiz del espejo.

—¿Me invitas un café?— me dijo.

No le contesté nada. Empujé la puerta, y dejé que Oringa me guiara de regreso a mi mesa. Mis compañeros de comida interrumpieron su intensa charla de sobremesa cuando nos vieron llegar. Oringa tiene un par de piernas espectaculares, y bajo la ríspida mascada dos muy frondosas protuberancias.

—Es Oringa- les dije a manera de presentación.

—Mucho gusto, soy Oringa, por la Beata que llevó su nombre, y Oringa porque suena a orina.

Creo que ninguno la oyó siquiera. Cuando Oringa se sentó a mi lado, los demás ya habían regresado a la discusión en que estaban enfrascados y que valía más que las piernas de la reciente adquisición de nuestra mesa.

—Explícamelo si no tú— continuó conmigo Oringa—. ¿Cómo estaba el baño al que acabas de ir? Dime si tenía pipí regado en la tapa.

—Tenía. Pero hace un rato que fui no tenía.

—Hace rato que fuiste, ahí estaba la limpiadora del baño. Una afanadora clavada al cuarto de aseo, limpiando después de que cada mujer usa la tapa previamente limpia y la llena de orina. ¿Le dejaste propina?

—Sí, le dejé propina.

—Es el pago por un espacio limpio. Si no pagas, te toca la mugre, el desecho y la basura como el lugar para orinar, igual que el resto de nuestros espacios colectivos. Así se ha pervertido nuestro México.

—¿Te acuerdas de la novela *Clochemaire*? Las mujeres en bloque se negaban a que se instalaran en el pueblo los *pisou*, porque los consideraban indecentes.

—Pero esto es otro asunto, estamos hablando de otra cosa. No es una resistencia contra un artículo ajeno a nuestra cultura, no estoy criticando el uso de los baños por gente que no está acostumbrada a usarlos, que viene de lugares donde no se han instalado los excusados, donde no hay agua corriente, donde reina la miseria. Te voy a decir cuándo fue la primera vez que fui hermeneuta de la orina. Mira. Fui a la consulta rutinaria con el ginecólogo, por la que pago 600 pesos, papanicolau incluido, casi medio salario mínimo mensual del que marca la ley por los servicios de veinte minutos, pero no comento de esto más, porque nos iríamos por otro tema, el de que sólo unos pocos tengamos acceso a servicios médicos excelentes. La señorita que me conducía al desvestidor donde me harían la revisión ginecológica, me indicó una puerta:

“Si gusta pasar al baño —era una orden—, ahora regreso por usted”.

‘Entré al baño. Sobre el excusado, una cantidad de pipí fuera de sitio me dio la bienvenida. La tapa estaba regada esplendorosamente, llena de orines, dejados ahí evidentemente por la anterior usuaria, porque afuera de este minúsculo detalle el baño relucía de limpio.

‘Recordé a la mujer que salió de consulta cuando yo entraba, alguien de mi edad, evidentemente una profesional, de familia acomodada, de cabello muy bien cortado, cuya apariencia uno no podría hacer fácilmente cuadrar con el desastre que dejó en el excusado. Esa fue la primera vez que me pregunté: “¿Por qué no utilizar el artificio como se debe? ¿Por qué la que acaba de entrar al baño antes que yo, una chica evidentemente educada, que pasó por la universidad, que ha viajado, que tiene el ingreso suficiente como pagar este caro ginecólogo (o hasta para comprarse el consultorio), deja la tapa de plástico manchada, orinada, después de haber hecho de las suyas de aguilita? ¿El baño no estaba limpio antes de que ella lo usara? ¿Qué le dio asco? ¿Simplemente sentarse donde otra ha depositado su cuerpo desnudo? ¿Cómo es posible —me pregunté— que falte al respeto a sus compañeras,

orinando aquí y allá, en lugar de hacerlo de la manera más sensata y civilizada, esto es: sentándose sobre la tapa diseñada para ello? ¿Quién le enseñó a orinar de esa manera, atemorizada, animal, deshumanizadamente?

‘¿Por qué mear contra su prójimo?’

‘¿Por qué el baño de las mexicanas tiene que ser ese orinadero, como un distintivo nacional? He recorrido miles de baños de aeropuertos —trabajo de agente de ventas—, y ninguno se equipara a aquel que está al lado de la sala donde saldrá el vuelo a mi país. ¡Viva México!, me digo, cuando cierro tras de mí la puerta, mirando los orines regados fuera de sitio. ¡Arriba la virgen de Guadalupe!’

Oringa hizo una pausa, y aproveché para hacerle una pregunta:

—¿Qué no será que hacen pipí marcando, como los perros, para dejar constancia de territorio?

—No me parece acertada tu lectura. Supongamos que fuera cierta, y tendría las mismas implicaciones de lo que yo leo en los orines. ¿Por qué la usuaria va a declarar como propio lo que es comunitario? ¿Por qué usurpar el bien colectivo? ¿Por qué poderes? ¿Con qué ética? Algunos han leído e interpretado los signos del tiempo tirando al piso caracoles, conchas, buchets de agua. Yo leo los signos de nuestro difícil presente en los orines manchando los baños, usurpando el cuerpo del otro, del siguiente que vendrá a sentarse donde ya no podrá hacerlo más, porque mis orines, señores, mis orines lo han invadido todo, han ocupado el lugar de ustedes. Ustedes no existen para mí. La que orinara manchando el excusado para marcar su territorio, mostraría que no quiere participar de un espacio comunitario. Si es cierto, como dices, que las mexicanas manchan con pipí para marcar territorio, también podemos hacer una lectura política de esto: las mexicanas marcan como territorio individual el colectivo. Pero no, no creo que sea eso.

—¿Entonces, Oringa?

—Poco después de esa visita al ginecólogo, tuve que ir al urólogo, nada importante, lo de siempre, una cistitis. El médico me explicó que las mexicanas aprenden desde pequeñas a no usar baños ajenos. No es de buena educación orinar fuera de casa, y por esta costumbre ‘los baños siempre están sucios’- algunas padecen males nefríticos toda su vida. No tienen indicador anatómico que les haga saber cuándo deben ir a hacer pipí, porque simplemente no sienten ganas de orinar. Han aprendido a lo largo de los años a desoírlas. Yo era una de esas.

—Pero tu teoría, tu lectura de la orina, ¿cuál es? ¿Qué con hacer pipí ensuciando, fuera de la taza?, ¿qué tiene que ver orinar con el caballo de la historia?

—¿Hablan de orinales? -dijo Guillermo.— Margites, un ilustre necio, extraordinariamente rico y de cortísimos alcances, tan inconsciente que ni siquiera sufría, no sabía contar sino hasta cinco y desconocía quién lo había dado a luz, si su padre o si su madre. Una noche, Margites, según dice el texto, tal vez escrito por un colofonio, que se conoce con su nombre, ‘necesitaba vaciar su vejiga, así que con su gruesa mano se procuró el utensilio y lo metió adentro. Entonces se halló en un doble aprieto. Había metido la mano en el orinal y le era imposible sacarla. Orinó rápidamente y en enseguida se le ocurrió una nueva idea. Saltó pues de repente, abandonando el caliente lecho, abrió las bien ajustadas puertas y salió corriendo fuera. Anduvo a través de la negra noche, buscando cómo podría liberar la mano. Corrió a través de la negra noche y no llevaba ni una lamparilla. Se topó entonces con una cabeza desdichada y en la oscuridad le pareció una piedra, así que golpeó el orinal contra ella y con su gruesa mano lo hizo minúsculos añicos.”

Terminada la cita, Guillermo se reincorporó a la plática de los demás, y nos dejó otra vez a solas con la nuestra.

—No, tampoco es tontería lo que hace a las mexicanas orinar fuera de sitio, por dios. Es otro asunto. Aunque algo hay de falta de respeto al prójimo, de sí romper el orinal sobre una cabeza a la que se confunde con algo inerte y sin vida, como una piedra. Verse obligada a usar un excusado de orillas orinadas, es equivalente a que a una le sorrajen el orinal en la cabeza. Como sentarse en la banca de un parque sobre el que otros han abandonado su basura, orinando con cosas la tierra, las ramas, el pasto. Pero creo que se acerca más a una idea incorrecta de la limpieza. No poner las nalgas sobre el borde del excusado es por no tocar lo sucio, como dejar la basura sobre el parque es para no cargar uno con la basura. No es por mugrosos, es por limpios. Falsos limpios, sepulcros blanqueados.

—¿Porque los baños están previamente sucios, y les da asco sentarse en la tapa del excusado?

—No, no me parece. Y no hablo de esa limpieza. Incluso esa limpieza, la obsesiva de las cosas, me parece que responde a una suciedad conceptual, a la idea previa de que todo está sucio y hay que estarlo limpiando. No; la limpieza del cuerpo. Un cuerpo no puede tocar don-

de toca otro cuerpo desnudo, porque eso es sucio. El cuerpo es sucio. Creo que parte de esa idea.

—Pero son baños de mujeres.

—Sí, y el cuerpo especialmente sucio (especialmente ‘cuerpo’) es el cuerpo de las mujeres. Mira, los Cristos se representan desnudos, y hermosos, todos sus musculitos tallados a la perfección. Las Vírgenes, en cambio, tienen el cuerpo recubierto de telas, y las más de las veces ni a cuerpo llegan, sus imágenes de hermosos rostros sólo tienen un bastidor, que se recubre fajándolo para hacer como que ahí debiera ir un cuerpo. ¿No es así? ¿Cuándo has visto una Virgen con piernas, con tetas? En cambio los Cristos son puro cuerpo, cuerpo desnudo. Herido, pero desnudo. Algún vestido tenían que tener, y la verdad optar por los sablazos sobre el desnudo en lugar de por la ausencia de representación de ninguna carne, me parece considerablemente más erótico, más carnal, aunque sea reiterativo.

—¿Y eso qué con los excusados, Oringa?

—¿Qué con ellos? Que en el acto de orinar fuera de sitio, por no poder poner el cuerpo desnudo donde otro estuvo, las mexicanas mostramos un respeto a tradiciones asimiladas durante siglos que han lastimado nuestra vida comunitaria. Por una parte, lo que toca a la mujer. El mismo Salomón escribió:

“Yo también soy un hombre mortal como todos,
un descendiente del primero que fue formado de la tierra.
En el seno de una madre fui hecho carne;
durante diez meses fui modelado en su sangre,
de una semilla de hombre y del placer que acompaña al sueño.”

‘Su cuenta de los diez meses me tiene sin cuidado, pero en cambio considerar que la madre lo engendró sin cuerpo, que fue concebido por ‘el placer que acompaña al sueño’ y no por el placer que acompaña a la cópula, me repugna. Es un pecado por el que seguimos pagando las consecuencias. Eso está escrito en los excusados mojados con orines. Como no tenemos cuerpo, debemos evitar la comprobación científica de que lo tenemos, esto es, no podemos tocar donde otro cuerpo tocó. Las mexicanas orinan en los baños públicos repitiendo para sí las palabras de un Salmo: ‘En Dios confío y ya no temo. ¿Qué puede hacerme un ser de carne?’ Confesión de miedo a la carne, ¿no te parece? De miedo y de asco, de repulsión, una repulsión que se acendra cuando es hacia el cuer-

po de la mujer. Es más asqueroso, más 'pecaminoso', más carne que el cuerpo del hombre... Pero no es esto lo que más leo en la orina.

Oringa hizo una seña al mesero.

—¿Dígame, señora?

—Un café, por favor. -Continuó conmigo:— Ahora mismo te voy a enseñar lo que más leo. Tengo derecho a encontrar más interpretaciones. Mira, el ser humano orina al día 1,500 centímetros cúbicos, de los que se pueden obtener al día tanto como 60 gramos de sustancia sólida. Hay algo más sólido en mi lectura.

—¿Y si fuera ese orinar fuera de sitio un acto fetichista? Algo hecho para propiciar una magia o espantar demonios.

—No, si parece lo contrario de un acto fetiche. La mujer con pensamiento mágico se cuidaría de que hasta la última gota de su orina desapareciera en el agua, de que se perdiera donde nadie pudiera recuperarla con el afán de hacerle daño. No lo creo, no le veo sentido positivo, sino aspecto de imbécil costumbre sin sentido racionalizado.

—¿Los orines entre los antiguos mexicanos?

—Lo único que recuerdo es que los habitantes del Valle de México no los arrojaban a los lagos, sino que los colectaban para extraer de ellos fijadores para sus tintes. Los especialistas pasaban en balsas y se los llevaban a las afueras de Tenochtitlan, donde los artesanos que conocían el oficio de hacer tintes los utilizaban. La costumbre de regar la orina sin orden ni concierto, a costa de la siguiente usuaria del orinal no tiene origen ritual ninguno, esto te lo prometo. No hace falta ser la Bruja Oringa para saberlo.

—¿Estás segura? ¿No podría ser que dejar la marca de pipí regada sea como hacer la confesión: 'Soy la porquería del jefe, soy la porquería del jefe'? En Fidji un grupo 'privilegiado' que tiene la suerte de poder tocar al jefe para rasarlo o hacer con él otras cosas se llama 'Na naduka ni', 'soy la porquería del jefe'.

—No va lejos. Pero me atrevería a alterar un poco la frase. La que vacía la vejiga inundando el asiento está diciendo 'soy tu porquería, eres mi porquería', ¡linda confesión para asentar sobre ella una ley colectiva!

—Olvidando al jefe.

—Sí, por dios, olvidando al jefe. Al hacer pipí contra los demás, la mujer "Se acordaba de que ellos eran carne, / un soplo que se va y no vuelve más...", cito a los Salmos. Este lugar en que habitamos, este Va-

lle no de lágrimas sino de smog, desigualdades e injusticias, está copado por fantasmas, seres sin cuerpo que usurpando nuestros derechos y nuestros usos y costumbres nos convierten en traidoras de nosotras mismas. No construimos el espacio que habitamos. Lo depredamos, lo orinamos, lo ensuciamos, porque todos somos 'un soplo que se va y no vuelve más'. Cuando la orinante llena de pipí el asiento, quiere dejar claro un punto: hay que volver equivalentes al cuerpo y a los desechos del cuerpo, hacer lo mismo del espacio del cuerpo y de la orina del cuerpo. Suplir mugre con mugre. Poner las cosas donde deben ir. La que orina el asiento del excusado y riega sus fluidos está obedeciendo a un instinto de orden: el cuerpo es sucio, pongo sucio donde otras pondrán el cuerpo.

—¿Ensuciar los asientos te parece un asunto político?

—Dirás que yo pierdo mi tiempo, pero creo que mirando los asientos de los baños llenos de orina, pienso que habríamos de hacer de esto una causa. No creo que sea una tarea titánica, no habría que uncir 'dos toros de pies de bronce que resoplan llamas, arar con ellos y sembrar en los surcos los dientes de un terrible dragón, que, al germinar, se vuelvan guerreros', sino simplemente orinar sin asco del cuerpo que anteriormente ocupó el lugar para ganar este leve trecho, y educar al cuerpo a comprender que los otros cuerpos no son despreciables sino ciudadanos. No somos desechables. Hay una lectura de esclavo en este repudio católico al cuerpo.

—¿Lectura de esclavo? La Biblia dice:

Una voz dice "¡Grita!"

Y digo: "¿Qué he de gritar?"

"Toda carne es hierba

y todo su esplendor como una flor del campo.

La flor se marchita, se seca la hierba,

y en cuanto le dé el viento de Yahveh

(pues, cierto, hierba es el pueblo)

la hierba se seca, la flor se marchita,

mas la palabra de nuestro Dios

permanece por siempre."

—Sí, es lectura de esclavo. Te contesto con otra cita:

“La Sabiduría es un espíritu que ama al hombre,
pero no deja sin castigo los labios del blasfemo;
que Dios es testigo de sus riñones,
observador veraz de su corazón
y oye cuanto dice su lengua.”

“¿Te acuerdas de lo que te dije de las Vírgenes y los Cristos en las iglesias? Hay una diferencia más de un lado y otro del océano. Aquí las cajas de los desnudos Cristos no dejan por fuera a los pies para que los toquen más placenteramente las rezantes. El cuerpo desnudo de Cristo puede verse, pero no tocarse. Mira en cambio, en las iglesias españolas, cómo la caja del cuerpo postrado deja por fuera los pies, y las mujeres se los acarician junto a sus pechos. No todo cuerpo es mal... Las fieles se acercan a ellos y les tallan los pies, los soban, los acarician. Nosotras nos quedamos sin cuerpo de Virgen, sin pies que sobar de Cristo, y luego nos asombremos de que los asientos de nuestros excusados estén orinados, de que nuestros parques estén sucios, de que muchas veces nuestros lugares colectivos den la impresión de que vamos de paso, de que no somos sino sombras... ‘*un soplo que se va y no vuelve más*’. Defender nuestra corporeidad, nuestro cuerpo como un espacio capaz de dicha, de placer, merecedor de ser acariciado y de acariciar tendría como efecto instantáneo limpiar los baños. Y no nada más, te lo digo, no nada más...”